

comunidades (me refiero al ensayo del profesor Tierno Galván), se hacía necesario un estudio serio en favor de la tesis contraria. Sea lo que sea, parece que se ha dado un importante paso para encuadrar el tema de forma correcta. Y si no ha sido resuelto definitivamente el problema es porque previamente resultaba necesario enmarcar el objetivo.

F. L. DE YTURBE

MANUEL TUÑÓN DE LARA: *La España del siglo XIX (1808-1914)*. Club del Libro Español, París, 1961.

La guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812 —como paralelo histórico y como repercusión más o menos indirecta de la Revolución francesa— significan para España el fin del “Antiguo régimen” y el comienzo de la época contemporánea que intentará abrirse paso, frente a muchas dificultades y obstáculos, por la vía liberal y constitucional. Es en Cádiz donde empiezan a manifestarse los distintos grupos de opinión y tendencias ideológicas que van a dar lugar después a los partidos políticos actuantes en la España del siglo XIX. La excelente obra de Tuñón de Lara analiza la España real —la realidad de España— entre esos años que van de 1808 a 1914, fecha ésta —inicio de la primera guerra mundial— y la de 1917 —Revolución comunista en Rusia— que marcan el definitivo final del siglo XIX y el comienzo del mundo actual.

Es muy frecuente entre nosotros la enseñanza de la Historia a través de textos cuyo contenido se reduce a un fantasmagórico desfile de reyes, validos, primeros ministros, generales, duques y duquesas: el resto es descripción nacionalista de guerras inexplicables e incomprensibles, seguidas de fechas con solemnes tratados, a veces también con no menos solemnes bodas principescas. Estos parecen ser los “hechos” para muchos historiadores: la historia es así, historia de

unos personajes —héros reales o ficticios—, de unas élites, de unas familias o de unos reducidos grupos de protagonistas. El pueblo está siempre ausente: sus problemas reales no interesan; los períodos de paz “se saltan” o se abrevian en el mayor grado posible; el pueblo sólo existe para pagar los tributos y para —sin entender nada del asunto— hacer las guerras que los señores se declaran entre sí para terminar repartiéndose, “justa y equitativamente” la tierra entre los jefes victoriosos: esto en la Edad Media; después de lo que se habla es de la Corte y de las intrigas palaciegas: también de los pactos internacionales: el pueblo —el populacho— sólo aparece de vez en cuando en motines que, “felizmente”, fieles generales adictos a los reyes acaban casi siempre por reprimir.

Esta obra de Tuñón de Lara responde a un modo totalmente diverso de entender la historia: en ella los factores sociales y económicos contemplados desde los intereses generales del pueblo aparecen como el hecho decisivo: es una historia, decíamos, de la España real, una historia que habla de los problemas reales del pueblo. El siglo XIX español se presenta así en una perspectiva de contenido económico, social y político de carácter democrático y progresista, versión muy diferente de las habituales en España sobre este tema. La “Historia de España” de Antonio Ramos Oliveira (3 vols., México, 1944) puede citarse también como ejemplo de ese modo realista y democrático de entender la historia.

“La España del siglo XIX” de Tuñón de Lara es un libro científico; no sería necesario decir esto si entre nosotros no estuviese tan extendida la tesis academicista de la objetividad, imparcialidad y neutralidad de la historia y del historiador como sinónimo de indiferencia ante las valoraciones de los hechos, como sinónimo de apoliticismo: el historiador sería así un pequeño Ser Supremo separado del mundo, capaz de hablar de todo fría

e imparcialmente. Puede muy bien decirse que semejante indiferencia, semejante neutralismo y apoliticismo es mucho más aparente que real. El historiador —como todo hombre— piensa y actúa siempre desde una determinada plataforma: incluso en la selección de datos o de fuentes hay un límite a la Absoluta Objetividad: no digamos en la valoración de las motivaciones y de la intencionalidad de esos hechos. Como el propio Tuñón de Lara ha escrito: “no cabe pensar que el historiador sea un ente celestial; muy al contrario, pertenece a un país, a una clase, ha recibido una educación, ha sufrido el impacto de las ideologías dominantes, frecuenta este o aquel medio, en una palabra, está inmerso en su circunstancia”. El historiador ha de ser consciente de este condicionamiento; pretendiendo ser lo más objetivo posible ha de saber liberarse realísticamente de la “ilusión de la Gran y Perfecta Objetividad” bajo la cual, en muchas ocasiones, no hay sino el enmascaramiento de un claro y permanente partidismo.

Manuel Tuñón de Lara, científico de la política e historiador, ha escrito un libro razonado y serio pero, a la vez, apasionado y comprometido; es, diríamos, una obra “con tesis”: y la tesis, en cuanto hilo teórico conductor que da unidad y sentido a los hechos, viene deducida del análisis racional de los hechos reales. Frente a los estudios históricos academicistas, muchas veces falsamente objetivos, sólo aparentemente indiferentes y neutros, en realidad casi siempre conservadores y reaccionarios bajo esa pretendida e injustificada “imparcialidad”, esta “España del siglo XIX” muestra cómo la objetividad del historiador no es sinónimo de neutralidad indiferente ni de apoliticismo. Lo importante es que la “tesis” coincida con el análisis racional de la realidad, es decir, de los verdaderos y reales problemas que afectan al sujeto y protagonista de la historia que es el pueblo. La “Gran Objetividad” lo que frecuente-

mente hace es ocultar estos problemas y sustituirlos por problemas ficticios e irreales, problemas particulares, en beneficio exclusivo de una concepción mítica y ultraconservadora de la historia: sólo así puede aparentar ser imparcial.

Estos criterios habrán de tenerse también muy en cuenta —y con más razón— al enjuiciar la próxima obra —de aparición inmediata— de Tuñón de Lara sobre “La España del siglo XX”; se trata, al parecer, de una extensa exposición que dará razón de los acontecimientos españoles posteriores a 1914, completando así el cuadro de nuestra historia contemporánea: un primer volumen comprenderá hasta 1939 y otro, segundo, tratará desde esa fecha en adelante. Manuel Tuñón de Lara, uno de los intelectuales españoles de más recta y profunda vocación, proporciona así el cuadro y el esquema que sin duda alguna habrá de servir en el futuro para orientación de estudios monográficos sobre puntos más concretos de nuestra historia contemporánea: en ellos la actitud habrá de ser también la realista objetiva —conciencia del condicionamiento del historiador— y no la “idealista” de la ficticia neutralidad indiferente y apolítica; como escribe el propio Tuñón de Lara: “la textura ideológica del historiador conforma, a despecho de su más pulcra honestidad, no sólo el enjuiciamiento de los hechos históricos, sino el método de trabajo, el primado de éstas o aquellas fuentes y el entramado causal de la exposición por el cual la Crónica pierde su nombre para ganar el de Historia”.

ELÍAS DÍAZ

JOSÉ M.^o DÍEZ ALEGRÍA, S. J.: *Actitudes cristianas ante los problemas sociales*. Editorial “Estela”, Barcelona, 1963.

La perspectiva crítica del P. Díez Alegría aparece en las primeras páginas del libro. “Porque, desde luego, si nosotros reconocieramos de verdad